

Celso Piña, El Acordeón de las Multitudes

Carlos Monsivais

En Monterrey un viernes (un sábado) (un domingo) la multitud compuesta mayormente por chavos y chavas (son los que tienen más tiempo almacenando en su favor, más tiempo corporal, más tiempo festivo), recibe al grupo de Celso Piña y su Ronda Bogotá. Como suele o solía decirse, los chavos están bien prendidos, los ilumina el gozo que anticipan, continuador de lo ya disfrutado en otras ocasiones, vienen a oír música y a bailar. No vienen a fundir música y danza en una sola entidad, donde el ofdo y el movimiento son lo mismo.

Celso Piña y su grupo son artistas populares, y el adjetivo retiene y especifica la maestría artística, pero también conducen el regocijo y la fatiga de los bailarines, que en algo recompensa y equilibra los sucesivos cansancios del trabajo. Es notable el destino metacolombiano de la cumbia y el vallenato. Música muy propia de las regiones diezmadas por la violencia rítmica de fiesta de pueblo del que se queda y del que emigra la cumbia y el vallenato. Va de Bucaramanga, Cali y Cartagena a Bogotá, llena las plazas y da identidad: la del corazón y la de los movimientos. Y gracias a las grabaciones, la globalización artística, la cumbia y el vallenato se esparcen por América Latina, arraigan en México y se "nacionalizan" a niveles antes solo registrados cuando la llegada del danzón cubano y del rock.

Los jóvenes populares (el adjetivo registra a las especialidades adquisitivas y a las costumbres) encuentran en esta música un alimento de primer orden. Su poder de convocatoria desborda las plazas, los dancing, las reuniones, las calles cerradas subitamente, los callejones, las azoteas. Y la música se insinúa se expande, se eterniza, guiada por un ritmo sin desembocaduras acrobáticas pero francamente sensual. La cumbia y el vallenato son a la vez espejos del corto perfecto y del virtuosismo coreográfico. Se baila con tal de presenciar el acto sexual y de explorar las posibilidades anatómicas. Los chavos se lanzan hasta la cámara de televisión, este o no presente y le regalan el semblante triunfal que también incluye el agradecimiento. Celso Piña es un conductor de tribus. Si estuviese en tiempos medievales sería calificado de "acordeonista de Hamelin", en memoria del rencoroso que al tocar la flauta sedujo a los jovencitos que lo siguieron hasta no saberse más de ellos.

"Acordeonista de Hamelin" o, como lo quieran llamar los conductores y

locutores. Rebelde del acordeon o Emperador del Cerro de la Campana. Celso Piña disfruto un dia especial de la musica colombiana y decidio hacerla suya y en el camino de la apropiacion el vallenato se le volvio personal y barrial y regional y nacional, sin perder por eso su esencia, no otra que la invitacion a la plenitud del cuerpo popular. ¿Por que popular? Porque resiste la moda, porque confia en el gusto que prevalece radiante mientras otros gustos lo desprecian. Desde hace años, en Monterrey, en la vasta zona del Norte de Mexico, Celso Piña y los suyos hacen musica, demuestran su talento, enardecen y logran lo envidiable, los asistentes a las tocadas y los espectadores y actores de sus grabaciones los han oido y bailado a tal punto que solo se les ocurre empezar de nuevo.

Celso Piña, es un fenomeno social como bien dicen, y un fenomeno musical como bien se oye.

(los acentos de este texto se han omitido no así las palabras que contienen “ñ”. Este texto ha sido escaneado de la revista “Culturas Populares” producido por la “Dirección de Culturas Populares”, Número 3 del período octubre-diciembre 2003, en el artículo “Celso Piña: El Acordeon de la Multitudes” escrito por Carlos Monsivais y tiene 3 paginas.)

admin@e-photolab.net